

Fotografía artística
Alfredo y el miedo
Jair R. Céspedes



La inmensidad parece monumental; el eco del pensamiento habita este recóndito lugar. Alfredo ha visto el mundo: el inmenso lugar donde nos sumergen al nacer.



Soy, en el confuso enredo del día o de la noche; soy cuando me encuentro en el nudo de los días en los que no sé qué decir. Yo soy cuantas palabras no he dicho y he visto todo aquello que no quieren que vea. ¿Por qué?

También he llegado a ser ese reflejo irreconocible: un espejismo de mis mejores días. Soy Alfredo, pero nunca el mismo, porque en ese cruce de caminos fui dejando algo de mí en silencio. Cada vez que me voy no me despido y voy dejándome en cada lugar que parecía un hogar.





Y, en ese momento en que volteo y me veo, ahí está; parece mentira que no me deje, que no me suelte. Yo me enredo en el reflejo y, con el dedo, lo toco; me fijo impaciente, me acelero, delecto y, de repente, estoy de nuevo en el suelo. ¡Qué miedo! Que eres tú: mi miedo y el de nadie más.



Pareciera que siempre me siguieras. En los momentos de mayor angustia te exhibes como si fueras lo único en mí; pareces más grande de lo que algún día llegaré a ser. Vive sin mí y suelta; me voy a olvidar de todo lo que fui y seré. Alfredo, quien soy, no te quiere a ti ni al horizonte ni a esos lugares que llaman «hogar»: soy un errante elefante.



Y así seguiré, porque no hay lugar al cual llegar; no hay desenlace más que el que mis pasos puedan dar; almudadas que tropiezan al suelo, arrastrando la triste trompa de un magnánimo animal que ya no brilla, como el día en que decidió nacer. —Con estas orejas al viento poniente, nada puede salir mal — dijo un elefante cuando me mostró el lugar donde iba a parar para así descansar de este maldito lugar.

Adiós,
al miedo
y a todos.